

20 de setiembre, á cuya sazón la escuadra de Ribaut era combatida por las tempestades y dispersada por el océano. Duró este violento huracán hasta el 23, y arrojó las embarcaciones francesas á mas de cincuenta leguas de las costas, para reunir las despues y estrellarlas contra los escollos. Perdiéronse las embarcaciones y consiguieron salvarse las tripulaciones que reservaba su destino para mayores infortunios.

Algunos Indios fueron á prevenir á Menendez que por la parte del sud habian aparecido un gran número de blancos, á la orilla opuesta de un rio, que manifestaban querer atravesar. Menendez tomó con él un destacamento para ir á reconocerlos, y llegado á las márgenes del rio, vió acercarse á nado un Francés, que declaró ser él y sus compañeros náufragos que habian formado parte de la escuadra de Ribaut. Envióles Menendez una falúa para que viniesen á su bordo un oficial y algunos soldados que debian manifestarle la situacion y los deseos de tantos infelices; como lo efectuaron declarando que habian perdido sus buques en la última tempestad, y rogándole que les facilitase alguna embarcacion para restituirse al fuerte Carolina, situado á veinte leguas hácia el norte. Menendez les contestó que él se habia apoderado del fuerte y pasado á cuchillo su guarnicion, perdonando solo á los católicos, á las mujeres y niños. Pidióle entónces el oficial una embarcacion para regresar á Francia, recordando al comandante español las relaciones amistosas que unian á ambas naciones y á sus soberanos. Pero Menendez contestó: «Es verdad que los Franceses católicos son nuestros aliados y amigos, pero no los herejes, á quienes he jurado una guerra de esterminio, á todo trance. Creed que seré igualmente inexorable con todos los que encuentre por mar y tierra, y en esto creo servirá los monarcas de entrambas naciones. Yo he venido para establecer en la Florida la religion católica romana; y en cuanto á vosotros, si quereis abandonaros á mi clemencia con vuestras armas y banderas,

yo haré de vosotros lo que Dios me inspire; de lo contrario, tomad el partido que mas os acomode, seguros de no obtener de mí ni amistad ni treguas.»

Esta respuesta fué dada á los náufragos, quienes ofrecieron un rescate de veinte mil ducados para que se les hiciese gracia de sus vidas; pero Menendez rehusó sus propuestas, declarando que si hacia alguna gracia, sería por pura jenerosidad: reiteráronse despues los ofrecimientos y contestó que verian el cielo unirse á la tierra antes que él cambiase de resolucion.

Tomaron pues los enviados el partido de entregarse á discrecion; y fueron muertos por la espalda y llevados á dos tiros de arcabuz, sobre un llano al cual debian ser conducidos todos sus compañeros. Para esto envió Menendez á la orilla opuesta una falúa con un destacamento de veinte soldados que tenian orden de no traer mas que diez hombres á la vez; y cuando los náufragos estaban en su poder pidiéndoles socorro, eran igualmente maniatados y conducidos al lugar destinado para la ejecucion, donde fueron á su vez inmoladas tantas victimas. Ocho hombres declararon ser católicos y se les hizo gracia de la vida: los demás dijeron ser cristianos reformistas y todos sufrieron la muerte; pasando de doscientos el número de los sacrificados.

Al dia siguiente llegó Menendez al fuerte san Agustin, donde recibiendo la noticia que habia llegado á la playa una division mucho mas numerosa que la primera, se retiró á la orilla del rio con ciento y cincuenta hombres. Supo allí, por el mensajero que le enviaban de la division, que se componia esta de trescientos cincuenta hombres mandados por Ribaut, virey y comandante jeneral de la Nueva Francia, el cual, deseoso de regresar al fuerte Carolina, le pedia algunas falúas para pasar los rios que habia de atravesar. Vino despues Ribaut en persona con ocho jentiles-hombres en una piroga, y noticioso de la muerte de los soldados de la guarnicion y de las tripulacio-

nes, dijo al comandante español «que los sucesos de la vida eran tan varios, que podia sucederle á él lo que acababa de suceder á los Franceses; que sus soberanos respectivos eran amigos y hermanos,» acabando por conjurarle que les facilitase una embarcacion para regresar á Francia.

Ribaut obtuvo la misma respuesta que sus compañeros, y al anunciarla á los soldados de su division, se retiraron doscientos de ellos á la noche siguiente, para no entregarse á Menendez; los ciento cincuenta restantes siguieron á Ribaut, quien habia prometido reunirse otra vez con Menendez, y le hizo, para cumplir su palabra, participarle las disposiciones que habia tomado: mas todos estos desgraciados debian sufrir la misma suerte. Hiciéronles pasar el rio de diez en diez, y Menendez iba preguntándoles si eran católicos ó luteranos: contestó Ribaut el primero que profesaba la religion reformada: recitó en seguida el *Domine memento mei*, y acabó por estas palabras: «hemos salido del polvo y en él debemos convertirnos; que sea veinte años antes ó despues, todo es una misma cosa: hágase conmigo lo que bien se quiera.» Despues de esto fué dada la señal de su ejecucion y murieron como él todos sus compañeros, menos cuatro que dijeron abrazar el catolicismo.

Hemos consultado para trazar tan funestos acontecimientos las relaciones de los mismos Españoles, y sobre todo las de Solís de las Meras, que fué cuñado de Menendez y no puede por consiguiente ser sospechoso de querer calumniar su memoria. Así le presentamos á la posteridad, para que le juzgue, rodeado de todas sus victimas.

Tres semanas despues de tan sangrienta jornada se supo que los Franceses construian un fuerte y una embarcacion sobre la costa de Cañaveral. No puso Menendez duda alguna en que serian los doscientos hombres que se habian escapado del desastre de Ribaut, y marchó con una fuerza mas numerosa hácia aquel punto que divisó el 1.º de noviembre. No habiendo podido los Franceses concluir to-

davía sus fortificaciones, tuvieron que retirarse á una altura, y Menendez les propuso que se reuniesen con él, prometiéndoles tratarles como á sus propios soldados; á lo que accedieron la mayor parte; pero veinte de ellos se internaron en los bosques, habiendo declarado á los enviados de Menendez que preferirian ser devorados por los salvajes, antes que ponerse á su disposicion.

Ya hemos visto cómo los prisioneros que hizo Menendez los primeros dias de su desembarco habian sido conducidos á bordo de una embarcacion que debia trasportarlos á España; mas durante la travesía se sublevaron, y apoderándose de la embarcacion, cambiaron en seguida de direccion y llegaron á Dinamarca desde donde partieron de regreso para Francia. Tristes y únicos restos de las tres expediciones hechas sucesivamente para fundar un establecimiento en el norte de la Florida.

La noticia de la destruccion de aquella colonia escitó la indignacion pública en Francia, mas la guerra contra los hugonotes se habia encendido de nuevo, y como la corte les aborrecia y miraba al almirante de Cloligny por su jefe el mas temible, era considerado como una serie de hostilidades continuadas todo cuanto él habia hecho en favor de los protestantes, y ya no honraba el monarca con su proteccion como antes á todos los validos del ministro. Fueron de consiguiente abandonados los proyectos de formar colonias, y, no queriéndose romper con la España, encubrióse el profundo resentimiento que debian escitar los sangrientos ultrajes de Menendez, los cuales solo un militar valiente se encargó de vengar.

El capitan Domingo de Gourgues, natural de Mont-de-Marsan, habia servido á los reyes de Francia en todas las guerras habidas despues de treinta años. Recomendable por su valor y pericia, habiase últimamente distinguido, sosteniendo con solos treinta soldados una plaza sitiada por una division española: mas el punto fué tomado por asalto y pasada á cuchillo la guarnicion, con-

cediéndose la vida únicamente á Gourgues para hacerle servir como forzado en una galera. Fué tomada esta poco despues por los Turcos, cerca de las costas de Sicilia, y conducida á Rodas y Constantinopla, hasta que volviendo á hacerse á la vela fué apresada otra vez por Romegas, comandante de las galeras de Malta. De Gourgues recobró su libertad y volvió á Francia: en seguida hizo un viaje á las costas de Africa, al Brasil y al mar de las Indias; y á su vuelta supo el degüello de los Franceses establecidos en el norte de la Florida, y resolvió tomar venganza de tantas victimas.

Tomó de Gourgues prestadas algunas sumas de dinero y vendió sus propios bienes para equipar tres embarcaciones con ochenta marineros y ciento cincuenta soldados; copió víveres para un año y eligió por su lugarteniente á Casanova. Esta expedicion se hizo á la vela el 2 de agosto de 1567; detenida por vientos contrarios cerca de Royan, y obligada á retirarse hácia la desembocadura del Charenta, prosiguió desde otra allí vez su ruta y descubrió, despues de una larga travesía, las costas de Cuba, subiendo por el cabo san Antonio, situado á la estremidad occidental de aquella. Reunió entónces de Gourgues todas sus tripulaciones para ponerles á la vista las atrocidades cometidas con los Franceses. «¡He aquí, les decia los crímenes de nuestros enemigos! ¿No seríamos nosotros mas culpables que ellos, si diferiésemos por mas tiempo el vengar las afrentas de nuestros hermanos y de nuestra patria? Por esto me habeis visto vender todos mis bienes; por esto me han franqueado sus haberes todos mis amigos. Yo he contado con vosotros, creyendoos celosos del honor de vuestro pais y resueltos á sacrificarle vuestras vidas, si es menester, en ocasion tan importante. ¿Me habria tal vez engañado? Yo espero daros en todo el ejemplo y marchar siempre á vuestro frente. ¿Titubearíais acaso en seguirme?» Los soldados declararon que le acompañarian á todas partes.

Despues de esto navegó la flotilla

á velas desplegadas hácia el norte de la isla para llegar al canal de Bahama; divisó muy luego las costas de la Florida y pasó por delante del rio de Mayo, desde donde la saludaron los Franceses con dos cañonazos; mas continuó su ruta á lo largo de la costa hasta que se la perdió de vista. De Gourgues desembarcó al anocheecer, á quince leguas de la fortaleza mas hácia el norte, sobre las márgenes del rio que hemos dicho se llamaba el Sena: apresuróse allí á entablar relaciones amistosas con el cacique Saturiova y sus tribus, irritadas por los malos tratamientos que recibian de los Europeos, desde que habian marchado los Franceses, y encontró entre los Indios á un jóven llamado Pedro de Bray, natural del Havre, uno de los pocos Franceses que habian podido escapar del fuerte Carolina, cuando Menendez se hubo apoderado de él, y el cual habia merecido del cacique una favorable acogida. Acostumbrado aquel jóven á vivir entre los salvajes y á espresarse en su idioma, pudo servir á de Gourgues de intérprete y de guia, y fué tanto mas provechosa su intervencion, por cuanto los Indios vinieron á tomar una parte activa en los proyectos del comandante francés. Convinieron con este en esperarle á la otra parte de un rio situado á cuatro leguas del fuerte, mientras que de Gourgues destacaba algunos hombres para reconocer el estado de los atrincheramientos enemigos. Pedro Menendez habia dejado, bajo los órdenes de Villareal, cuatrocientos hombres distribuidos en tres guarniciones, de las cuales la mas crecida estaba en el fuerte que habian ocupado los Franceses, y quedaba otra vez en buen estado de defensa: á mas de esto Villareal acababa de construir otros dos fuertes á dos leguas de distancia, hácia la parte inferior del rio, cuya corriente les separaba; y cada uno de estos puestos avanzados estaba guarnecido por sesenta hombres.

Los Franceses y los Indios pasaron, sin ser vistos, un pequeño rio vecino de uno de los fuertes avanzados, que Gourgues mandó atacar por am-

bos costados, y no pudiendo resistir los enemigos á un choquetan violento, quisieron ponerse en fuga; mas se hallaron entre dos fuegos y ni uno solo de los sesenta hombres logró escapar con vida: la mayor parte murieron en el combate, y los otros se reservaron para una muerte no menos segura, aunque mas funesta. El segundo fuerte fué atacado en seguida con el mismo ardor: Gourgues habia pasado á la orilla opuesta del rio con veinte arcabuceros, y los Indios se les reunieron á nado inmediatamente. El enemigo, estrechado en sus atrincheramientos, queria retirarse y llegar, á través de los bosques, á la fortaleza principal; pero esta guarnicion tuvo la misma suerte que la primera.

Antes de atacar la plaza fuerte que defendian mas de doscientos y sesenta hombres, mandó de Gourgues á los salvajes que partiesen de noche y se ocultasen entre los bosques; y dejando un oficial con quince soldados en uno de los puntos avanzados, volvió á subir con su division la corriente del rio, y á acercarse á la fortaleza para buscar un medio de atacarla por el punto mas indefenso.

A la primera noticia de su aproximacion habia Villareal destacado ochenta hombres para reconocer al enemigo; mas todos fueron arrollados y destrozados por de Gourgues que les atacaba de frente, y Casanova que les cortaba la retirada. Este desgraciado encuentro sembró el espanto entre los sitiados, quienes no pensaron mas en defenderse, y se escaparon precipitadamente internándose en los bosques; pero allí les esperaban los salvajes, quienes los recibieron á flechazos. Los pocos que cayeron con vida en poder del vencedor fueron colgados de los mismos árboles en donde se habia colgado á los Franceses tres años antes.

Dicese que Menendez habia fijado en el lugar de la ejecucion un cartel con estas palabras: «No se les ha castigado como Franceses, sino como herejes.» De Gourgues mandó se escribiese en el mismo punto: «No se les castiga como Españoles, sino como perjuros y asesinos.»

El comandante francés vió que no tenia bastantes tropas para guarnecer los fuertes y establecerse en un pais á donde los Españoles podian venir fácilmente con una division mas numerosa; y tomó el partido de destruir las fortificaciones, como lo practicaron los Indios por su orden, despues de haber mandado llevar á bordo de su flotilla las piezas de artillería que estaban en buen estado. Casanova fué encargado de conducir las en pequeñas falúas hasta el rio Sena, en donde fondeaba la flota, y de Gourgues se dirigió por tierra al mismo punto con ochenta arcabuceros, con mecha encendida, y cuarenta marineros armados de picas. Partió cargado de las bendiciones de los Indios que le aclamaron por su libertador, y le dieron muchos testimonios de amistad, haciéndole prometer que volveria dentro de doce lunas. Halló sus buques en buen estado y prontos á hacerse á la vela, como lo verificaron el 3 de mayo de 1568; tuvieron una feliz navegacion é hicieron mil y cien leguas en diez y siete dias, hasta que prosiguiendo su viaje abordaron á la Rochela el 6 de junio. Recibió Gourgues en estacion la mas favorable acogida, y embarcándose otra vez para Burdeos, partió á dar cuenta del resultado de su expedicion á Montluc, que le habia favorecido y se hallaba á la sazón en el mediodía de la Francia.

En poco tiempo corrió la fama de aquella atrevida expedicion, y los buques españoles que cruzaban por entónces aquellos mares se habian dirigido á toda prisa á la entrada del puerto del Havre, para detener al paso la flota de Gourgues: llegaron empero demasiado tarde, un dia despues que aquel habia verificado su salida. Siguiéronle el alcance hácia la Gironda, subiendo este rio hasta Blaye, sin poder divisarlo; entretanto que Gourgues llegaba ya á Paris, para ofrecer al rey sus servicios y proponer los medios de sujetar otra vez bajo su dominio los paises que se habian descubiertos anteriormente. Pero el gobierno español habia ya representado á Carlos IX, para obtener justicia de la sangrien-

ta expedición que se acababa de verificar, suponiendo que era el mas criminal atentado contra la alianza que unia las dos naciones; de manera que el comandante Gourgues se vió en la precision de retirarse á Ruan y mantenerse oculto por mucho tiempo.

Esta expedición quedará consignada en la historia como un monumento de patriotismo é intrepidez; mas si mirada bajo cierto aspecto honra por cierto al que fué su autor, no puede menos de escitar la mas viva compasion para una época, en la cual tan terribles represalias eran consideradas como un acto de justicia. Semejantes castigos nunca se limitan á solos los culpables, sino que hieren al lado de estos á los inocentes confundiendo lastimosamente las ideas de justicia con un sentimiento de venganza.

De Gourgues, perseguido y olvidado muy luego por su gobierno, encontró en las cortes extranjeras mas favorable acogida: su mérito personal mereció la especial protección de Isabel, reina de Inglaterra, y D. Antonio, que pretendia la sucesión á la corona de D. Sebastian, rey de Portugal, le habia nombrado almirante de la escuadra que acababa de equipar contra los Españoles; mas de Gourgues, debilitado por los años, murió de vejez antes de encargarse del mando.

Habíanse olvidado por entónces las comarcas que aquel militar queria reconquistar, y que fueron abandonadas por una política imprevisora, despues de haber costado su posesion tan grandes como inútiles sacrificios: si se buscasen ahora las causas que hicieron abortar aquellas grandes empresas en tan repetidas expediciones, se hallarian sin duda en su aislamiento ó en la falta de correspondencia que hubo entre ellas. Los primeros expedicionarios no existian ya en América al tiempo que su gobierno les enviaba sus tardíos socorros. Preparábanse los segundos á dejar su colonia y habian destruido sus fortificaciones, las que inutilizaron para su defensa en caso de sitio, cuando fueron atacados por fuerzas

muy superiores: mas semejantes adversidades puede decirse que no habrian sucedido, si el proyecto de fundar un establecimiento hubiese sido dirigido por un espíritu de unidad y de subordinación capaz de satisfacer todas las necesidades y de hacer frente á los obstáculos y contratiempos.

Pero dando á la nueva colonia el carácter de una secta religiosa, se la espuso desde su origen á todas las persecuciones que sufrían entónces los calvinistas en Francia, y no se la dejó esperanza de obtener socorro alguno de su monarca, puesto que este era enemigo de los protestantes. Por esto solo obtuvo alguna protección en los dias de treguas que brillaron por intervalos, pero fué cuando habia pasado ya la ocasión favorable y no podia ya recogerse con tiempo el fruto de los trabajos anteriores; y el mal llegó á ser irremediable cuando el mismo gobierno francés miraba como sus mortales enemigos á los que no participaban de su creencia.

Los otros gobiernos de Europa, sin manifestar mas tolerancia con los que no seguían sus opiniones religiosas, observaron al menos una marcha política mas ilustrada y mas feliz en sus resultados. Desteraban una parte de los disidentes y obligaban á los restantes á alejarse espontaneamente; mas enviándolos de la metrópoli á las colonias, no dejaban por esto de observarlos y de protegerlos en aquellos lugares de refugio, en donde no veían aquellos mas que un aumento del poder de su patria primitiva. Con esto lograban extender mas allá de los mares su preponderancia, su comercio é industria, y abrir á los hombres inquietos y cansados de su situación una nueva carrera, un nuevo campo á sus esperanzas.

LIBRO PRIMERO.

ESTABLECIMIENTOS INGLESES EN LA VIRGINIA, SUS RELACIONES CON LOS NATURALES.

Costumbres de las tribus salvajes.

Los primeros establecimientos que

formaron los Ingleses en las costas orientales de América, no fueron señalados por conquistas ruidosas ni por la destrucción de ningún imperio. Debieron meramente su origen á algunas colonias esparcidas sobre las playas incultas, adonde habian llegado algunos hombres emprendedores, seducidos por el atractivo de los descubrimientos y partidarios celosos de todo lo que llevaba el sello de la utilidad y la grandeza. No faltaban entre ellos algunos infelices refugiados á quienes la persecución habia atraído en busca de una situación nueva y que solo se habian espatriado para poder vivir en paz. Cuando las disensiones del antiguo continente hubieron poblado las costas del Nuevo Mundo; cuando los diversos partidos políticos y religiosos alejados á su vez por sus enemigos se hallaron frente á frente en aquel pais de destierro y hubieron perdido su mutua animosidad; cuando fundaron unos al lado de otros instituciones análogas á la diversidad de sus creencias, y se vieron en fin enlazados reciprocamente por la comunidad de intereses; entónces empezaron á prosperar aquellas asociaciones, y la libertad religiosa indujo los ánimos á la tolerancia, como la libertad civil iba desarrollando y perfeccionando la industria; entónces unas saludables instituciones concedieron el libre vuelo al pensamiento; una gran actividad moral é intelectual llegó á ser el manantial de aquella prosperidad, de aquellos progresos que debían elevar aquellas colonias al rango de las naciones, y que constituyen en el dia el poderío de los Estados-Unidos.

Es sin duda tan agradable como interesante el observar los adelantos de la razón humana, y parar la atención en unas victorias que no se deben á la fuerza, al ver propagadas en tan bellas comarcas la agricultura, la industria y las artes con todos los elementos del orden social. Nunca nos ofreciera semejante espectáculo la historia de la Europa antigua, porque las naciones en su infancia hacían menos rápidos progre-

sos, y los pueblos civilizados que llegaron á ser entónces dueños y legisladores del mundo, cayeron mas de una vez bajo la dominación de los bárbaros.

Insiguiendo la serie de acontecimientos que van á ocupar nuestra atención, observaremos constantemente las instituciones sociales usurpando su posición á las costumbres bárbaras de aquellas comarcas; mas este movimiento progresivo, ¿deberá considerarse como una conquista que los principios de la civilización hicieron sobre los de la vida salvaje? ¿Las tribus americanas no desaparecieron á la vista de los Europeos? ¿Se resistirían tal vez á confundirse con estos, renunciando á la benéfica acción de las leyes, al producto del trabajo y de la industria? ¿ó hubieran tal vez preferido el ver disminuir poco á poco su casta y desaparecer del todo, antes que cambiar de situación y aceptar unas nuevas instituciones? Cuestiones son estas que no pueden resolverse con teorías solamente, y sin apoyarse en la autoridad de los hechos: observando los diferentes sistemas que se adoptaron para civilizar á los Indios, se vendrá en conocimiento de las causas que los neutralizaron, ya consistiesen estas en la debilidad de los medios, ya en la falta de comunicación que hubiera dado á semejantes empresas cierta unidad de movimiento, ya en fin en una resistencia que relajó todos los esfuerzos, pero que tal vez estaba lejos de ser invencible.

Las costas que ocupaban los Estados Unidos de América cuando se proclamó su independencia se extienden del nordeste al sudoeste, desde la bahía de Passamaquoddy hasta la Florida; las mismas donde desembarcaron los Europeos que debían fundar esta potencia y cuyos establecimientos primitivos abrazaban, subiendo la corriente del río, todo el llano hasta la cordillera de los montes Apalaches, conocidos también por el nombre de Alleghany. Estas montañas están separadas del océano Atlántico por vastas llanas, que en diversos puntos tienen